Segunda época. Edicion de Madrid. Año de 1864

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID, 12 reales.
PROVINCIAS, un mes 18 reales, tres 48, seis 90, un año 176, suscribiéndose en esta redaccion ó remitiéndo á ella libranzas de la Tesorería Central, giro mútuo, etc., ó en sellos de correos, siempre que en este último caso venga la carta certificada, pues la empresa no responde de los estravíos que puedan ocurrir.
Un mes 19, tres 52, seis 104, un año 204, suscribiéndose en casa de los comisionados ó corresponsales.
ULTRAMAR, 30 reales al mes adelantado.
ESTRANJERO, un mes 26 reales.

EL CLAMOR PUBLICO,

PERIODICO DEL PARTIDO LIBERAL.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. En la redaccion, calle de Lope de Vega, núm. 45.
PROVINCIAS. En casa de nuestros comisionados
ULTRAMAR. Habana, señores don Benito G. Tánago, calle de la Obra Pia, núm. 11, y don Antonio Charlain, libreros.
LISBOA. Señor don Diego Campos, Travessa de S. Nicolau, 101 é 103, librería.
Anuncios y comunicados á precios convencionales.
No se devuelve ningun artículo remitido á la redaccion para publicarle.

NUMERO 1187. Viernes 1.° de Julio. FUNDADO EN 1844

SECCION POLITICA.

MADRID 1.° DE JULIO.

¿Es ó no cierto que entre nosotros se halla completamente desnaturalizado el sistema representativo?

Los hechos que presenciamos lo demuestran: la razon y la conciencia pública lo acreditan.

Lo que hoy vemos, lo que ahora se practica, lo que impera entre nosotros desde algunos años á esta parte, ¿puede, acaso, considerarse como un verdadero Gobierno representativo?

¿Por ventura los poderes públicos funcionan con regularidad, la Constitucion se observa estrictamente en su espíritu y en su letra, los derechos individuales se ejercen con independencia, y todos los partidos militantes existen y se mueven dentro de la esfera legal?

No: una especie de perturbacion crónica reina en las regiones ministeriales: no; del Código fundamental se prescinde frecuentemente: no; las libertades que consagran nuestras instituciones suelen ser en la práctica una lamentable decepcion: no; algunas de esas grandes comuniones políticas, que deben formar parte del mecanismo constitucional, han venido á colocarse en una situacion revolucionaria.

El régimen representativo, tal como lo comprendemos y lo comprende la escuela liberal, impone saludables deberes á los gobernantes, que limitan su autoridad, y establece sólidas garantías en favor de los ciudadanos. Bajo sus auspicios, la Nacion representada por las Córtes, no solo interviene en el gobierno del Estado, sino que sirve de salvaguardia á los derechos políticos. En el Parlamento necesitan nacer y morir los Ministerios para que su nombramiento ó su destitucion no parezca obra del capricho ó de la casualidad. Así no surgirian nunca esas crísis inesperadas, repentinas, incomprensibles, que alarman los espíritus y trastornan la administracion del Reino.

Nosotros respetamos, á fuer de monárquicos, la indisputable prerogativa que posee la Corona para nombrar y destituir libremente á sus consejeros responsables. Pero esa prerogativa, como todas las demás constitucionales, tiene por regulador el criterio nacional, que el jefe del Estado consulta en su alta prevision para ejercerla; segun lo desea el voto general y conviene á los intereses públicos. Una vez bien organizado el Congreso, y cuando la mayoría sea la genuina espresion de la voluntad del cuerpo electoral; una vez bien constituido el Senado, y cuando contenga en justa y equitativa proporcion representantes de todas las opiniones legítimas; cuantos problemas políticos y administrativos se ofrezcan; cuantas dificultades suscite el choque de intereses encontrados, tendrán fácil y provechosa solucion.

¿Pero las actuales Córtes se hallan organizadas con arreglo á esos principios? Para convencerse de que no reunen las condiciones indicadas, basta tener la menor idea de los habituales elementos de que se componen.

En el Senado dominan, casi esclusivamente, los hombres del moderantismo, cuya numerísima mayoría impide el triunfo de todo otro partido que represente diferentes opiniones.

En el Congreso, por efecto de la llamada confeccion de las listas electorales y de los milagros de la *influencia moral*, tambien impera constantemente esa misma mayoría, levantando una barrera insuperable que hace imposible el acceso al mando de las oposiciones legítimas.

De modo que no llega nunca el momento de que veamos en las regiones del poder esa sucesion natural de todas las ideas, de todos los sistemas que caben dentro de una Monarquía constitucional. Desgraciadamente no alternan los partidos segun las necesidades de la política y las manifestaciones de la opinion lo reclaman. Lo que únicamente presenciamos es una contínua rotacion en el Gobierno de los varios grupos en que se ha dividido el bando dominante. Caen unos ministros para ser reemplazados por otros de igual procedencia, aunque se engalanen con distinto título. El resultado es que, desde muchos años á esta parte, á los vicalvaristas suceden los moderados, á los moderados sustituyen los vicalvaristas, continuando bajo el dominio de unos y de otros las mismas leyes, las mismas prácticas, las mismas decepciones, los mismos abusos.

¿En qué consiste tan lamentable fenómeno? Consiste en que aquí están falseadas todas las condiciones del régimen representativo; consiste en que los hombres que mandan no quieren desasirse del poder á que permanecen adheridos, como la ostra á la concha, como la cabeza al cuerpo; consiste en que las oposiciones prefieren encumbrarse por un golpe de mano ó un pronunciamiento, á conquistar palmo á palmo el campo donde residen la fuerza legal y la autoridad; consiste en que se abusa de la represion gubernativa y del ejercicio de los derechos individuales; consiste en que se consulta mas el interés privado que la causa pública.

Como quiera, el hecho es que por las imprudencias de unos y el egoismo de otros; por la ambicion de estos y la falta de patriotismo de aquellos, hemos llegado á un estado de desquiciamiento y de confusion tal, que vivimos todos como al acaso, sin saber lo que debemos esperar ni temer del porvenir. ¿Y puede prolongarse por mas tiempo semejante desórden de cosas sin grave peligro? ¿Conviene que continúe el poder vinculado en las manos de unos pocos, y pasando alternativamente de Mon á O'Donnell, de O'donnell á Arrazola, de Arrazola al marqués de Miraflores? ¿Se quiere que solo un partido figure en la escena pública y los demás continúen fuera de ella en son de protesta y de amenaza?

No diremos ahora quiénes tienen la culpa del mal que deploramos con la sinceridad y buena fé que nos caracterizan. Nos concretaremos únicamente á recomendar un pronto, un eficaz remedio. Empresa digna y meritoria será la de restablecer el equilibrio político, profundamente alterado, y lograr que el sistema representativo recobre su virtud y sus naturales condiciones. Al efecto necesita hacerse un llamamiento *franco y generoso á todos los hombres liberales*, á los hombres honrados de todos los partidos que detestan las revueltas, las convulsiones y las violencias, en vez de exasperar á los unos é infundir desaliento en los otros con actos de intolerancia é injusticia.

Seguros estamos de que una gran parte de los progresistas volverá á colocarse dentro de la órbita constitucional el dia en que se inaugure una política liberal y reparadora. Pero ¿qué medidas se han adoptado para obligarle á abandonar la actitud amenazadora que tomó desde la famosa circular contra las reuniones electorales? Aunque en el actual Ministerio se notan conatos y tendencias á mejorar lo existente, sigue, con cortas escepciones, las mismas prácticas que sus antecesores. Poco, muy poco ha hecho hasta el dia en el sentido que indicamos. Vacila y tiembla unas veces, sucumbe otras á exigencias preponderantes, y no sabe desprenderse de las malas armas que le legaron sus antecesores para reducir á la impotencia á sus adversarios.

Entre otras cosas, escribe lo que sigue al *Telégrafo* su corresponsal madrileño:

«Entre ciertas gentes gana terreno la opinion de convertir la lucha entre el señor Olózaga y el general Espartero en una cuestion de conducta y principios. Segun estos señores, el duque de la Victoria deberia hacer declaraciones (y esperan que las haga) en pró de la dinastía, y hasta en pró de una legalidad comun, condenando toda iniciativa revolucionaria y declarando partido gubernamental al progresista. Esta tendencia la enlazan con las cartas del elevado personaje de que dabe á Vds noticia en mi anterior; pero inútil es lo que en ella les decia.»

Ningun comentario debemos hacer á la noticia en esas líneas contenida. Nadie, con mas insistencia que nosotros ha pedido, desde la escision imprudentemente promovida en el partido progresista por el señor Olózaga el 3 de Mayo, esplicaciones francas y completas, á los que á la jefatura de aquel aspiran; debiendo añadir que si tales declaraciones han sido hasta aquí una necesidad, hoy, cuando tanto se habla de planes de próximos trastornos, el obrar en el sentido que aconsejamos, es un deber imprescindible, un deber cuyo cumplimiento no puede aplazarse, sin peligro para el reposo público, y sin esponerse á que muchos supongan, siquiera sea sin fundamento, cómplices en esos proyectos perturbadores á los que sistemáticamente callan, perteneciendo al número de los que mas obligados están á espresarse con franqueza.

La causa de la libertad, mas que ninguna otra, necesita intérpretes resueltos, defensores que de la esposicion desembozada de sus creencias y de los recursos con que cuentan para procurarles el triunfo, hagan noble alarde.

Quédense las reticencias, los ambages, las frases meticulosas y solapadas para los que no abrigan el valor de sus convicciones; para los que defienden causas odiosas é impopulares; para los que no tienen fé en lo lícito ó en lo patriótico de los medios de que piensan valerse para fundar una situacion puramente suya. La conducta de los apóstoles de la libertad debe diferenciarse de la que sirve de pauta á los sectarios del absolutismo, en todo lo que la verdad se diferencia del error, en todo lo que el bien se diferencia del mal.

No comprenderlo así ó proceder de otra manera es, en nuestro concepto, comprometer gravemente el porvenir de la España liberal.

Asegura un diario francés que el Rey de Prusia y el Emperador de Austria se han puesto de acuerdo para proponer á la Dieta de Francfort que declare la guerra á Dinamarca en nombre de la Confederacion Germánica.

Nada mas en razon que la propuesta de que se trata. Siendo tan insignificantes en número los dos ejércitos invasores de la Dinamarca, y tan poderoso el de que dispone el rey Cristian, que apenas existe proporcion entre aquellos y este, parécenos muy natural que el rey de Prusia y el Emperador de Austria se estremezcan al considerar el peligro en que sus ejércitos reunidos se hallan de ser arrollados de un momento á otro por los innumerables soldados que defienden la Jutlandia. Obran, pues, con gran cordura y prevision esquisita pidiendo con ahinco á toda la Alemania que acuda á auxiliarles en su guerra actual, en la que tanto han arriesgado, sometiendo á durísimas pruebas el valor de sus soldados, á quienes han puesto al frente de un enemigo numéricamente diez veces mayor que ellos.

Acuda, corra, vuele la Confederacion Germánica, toda en armas, á socorrer á los austro-prusianos, que al fin, por muy valientes que sean, son tan pocos, tan pocos, comparados con los dinamarqueses, que no es posible tranquilizarse al considerar los desastres á que están espuestos si el Monarca danés continúa abusando de su superioridad numérica, de la manera cruel que lo ha hecho hasta el dia.

Decididamente, la fama militar del Austria y la Prusia estenderá esta vez su brillo hasta el planeta Júpiter.

El miércoles por la mañana almorzaron en el restaurant de los Campos Elíseos varios amigos del general Prim; dícese que en el almuerzo reinó la mayor franqueza y animacion.

¡Dale, bola!

El Eco del País, amigo á las tradiciones del periodismo ministerial, se subleva contra toda apreciacion encaminada á demostrar que sus patrones se hallan bajo la influencia de la enfermedad endémica en la España oficial, conocida en la patología política con el nombre de crísis ministerial. Así le ha sucedido respecto de nosotros, y por cierto que no se muestra tan justo como hubiera sido de desear.

Nosotros no hemos dicho que para que la presente crísis quede completamente orillada es necesario que se publiquen todas las cuestiones de que se ha ocupado el Gobierno estos dias, y todo lo que se hablado en los últimos Consejos de ministros. Lo que hemos dicho, y repetimos, es que para que todos se persuadan de que la crísis ha terminado por completo, es necesario que se conozca la solucion que se ha dado á los asuntos que los mismos vicalvaristas denominan *cuestiones pendientes*.

Ahora bien, ¿esas cuestiones han dejado de estar pendientes? ¿Se han arreglado de una manera tan terminante que su reproduccion sea imposible, é imposibles, en consecuencia, las crísis por este lado?

Mientras esto no se nos diga, mientras esto no sepamos, habrá muchos y muy fundados motivos, mal que pese á los vicalvaristas, para creer que esa crísis que con infantil terquedad han negado hasta el último momento, solo está aplazada, y para sospechar que el dia menos pensado volverá á presentarse para esparcir de nuevo el pánico en el campo unionista.

Cálmense, pues, un tanto el juvenil ardor y el impetuoso ministerialismo de nuestro colega; dé á cada cosa lo suyo; y cuando se incomode, hágalo en buen hora contra los hechos que le disgustan, mas no contra los que con templanza y mesura se limitan á consignarlos, ó los comentan *de la manera que mejor les parece*. Sobre todo, *point de zele, point de zele*, amigo Eco.

Dice *El Contemporáneo*:

«No faltaba mas, escribe *La Esperanza*, sino que tanta sangre como los liberales dicen haber derramado por defender á S. M. la Reina durante su niñez, quedara esterilizada.»

Cuando *La Esperanza* se deja dominar por su humor satírico, es irresistible. Si no fueron los liberales los que derramaron su sangre en defensa de los derechos de Isabel II, ¿nos querrá decir nuestro colega quiénes fueron? ¿Acaso los carlistas? ¿Los que no escarmentados con sus continuas derrotas, aprovecharon el momento en que la Pátria se hallaba empeñada en una guerra en la que estaba interesado el honor nacional, para dar al viento en San Cárlos de la Rápita la bandera de la traicion y del oscurantismo?

Bien haria *La Esperanza* en no meterse en ciertas honduras. El pueblo español sabe perfectamente lo que debe á ciertas ideas y lo que podria esperar de otras. Solo la impudencia, el rencor y la saña pueden atreverse á poner en duda ciertos servicios.»

Los cantores de la *Pilita* y del *julepe*, en su prurito de negar todo á los *negros*, niegan que estos afianzaran, á costa de su sangre, el Trono constitucional de doña Isabel II.

Capaces son esos seráficos varones de asegurar que ese Trono se levantó con la sangre por ellos vertida en su favor durante los siete años.

¡Para los tales, pues, todos los honores, todos los puestos, todos los respetos, toda la influencia! ¡Para los liberales, que dicen haberse sacrificado por conservar el Trono á la princesa que lo ocupa, pero que en realidad solo defendieron á don Cárlos María Isidro, la proscripcion, las persecuciones, los *chamusconcillos*, y los anatemas por el estilo del que ha recaido sobre el profesor Vicente!

¿Es esto lo que quieren los antiguos carlistas? Pues concédanselo los vicalvareños é *históricos*, y asunto concluido.

Escriben de Copenhague, que las últimas noticias de la Conferencia no han sorprendido á nadie, pues ya estaban los ánimos dispuestos para las complicaciones que encierra el porvenir. El partido del Eider es completamente dueño de la situacion, y se muestra ahora mas inexorable por haber estado á punto de sucumbir á los esfuerzos de M. de Plessen.

En el mundo oficial se cree en la intervencion de Inglaterra, lo mismo que en la de Suecia, á pesar de haberse disuelto la escuadra reunida bajo las órdenes del príncipe Oscar.

El Consejo de Ministros estuvo ayer reunido bastante tiempo, reinando en él, segun afirmaban los diarios ministeriales de la noche, el mejor espíritu para dar á la *situacion el carácter que ha querido tener desde el primer dia, agrupando todos los elementos conservadores liberales, que son su fuerza y su porvenir*.

Nos figuramos que estas palabras irán destinadas á producir entusiasmo entre aquellas personas que no se cuidan de saber lo que pasa en el mundo político. Por lo demás, eso de dar á la situacion el carácter *que ha querido tener* desde el primer dia, es un sarcasmo que se vuelve contra el mismo Gobierno, cuya defensa se intenta.

Dice tambien otro periódico ministerial, que las cuestiones de personas que en el Consejo celebrado ayer hayan podido tratarse se resolverán *todas bajo un criterio* elevado y digno. Y añade que á la vez que las reparaciones legítimas y posibles que está decidido á realizar el Gabinete, este respetará todas las posiciones dignamente adquiridas y no faltará á las consideraciones que debe á los que, procedentes de cualquier campo, han apoyado en el Parlamento y apoyan hoy la política desde los elevados puestos de la administracion pública.

Así lo esperamos de la no desmentida gratitud de los señores ministros. Lo primero es servir á quien bien nos sirve.

Alégrense todos aquellos que temblaban al solo anuncio de remociones en ciernes.

Leemos en *La Correspondencia*:

«Anoche era objeto de todas las conversaciones la conspiracion que se dice ha sido descubierta contra la vida del duque de Tetuan. Cuentase que uno de los conjurados descubrió la trama, y que las precauciones adoptadas acabaron por desbaratarla. Nosotros no sabemos sobre este asunto sino lo que de público se dice.»

Y en otra parte dice el mismo periódico noticiero:

«El rumor de que ha estado en peligro la vida del duque de Tetuan, llevó ayer á su residencia de Somosaguas un número inmenso de sus amigos políticos, y con referencia á ellos se sabe, que aunque el general O'Donnell se ha mostrado mas decidido á vivir lejos de los negocios públicos, al mas tranquilo sobre cuanto pudieran intentar contra él sus enemigos.»

Empezamos por decir, que si la conspiracion de que *La Correspondencia* dá cuenta ha existido efectivamente, nos felicitamos, y felicitamos al duque de Tetuan, por haber sido frustrada. Pero si, como sospechamos, solo ha existido aquel plan en la cabeza de los amigos del

de

—¿Y en qué sitio deberá celebrarse esta ceremonia?

—En secreto, y á presencia de un solo capellan.

—Pero Filiberta no consentirá jamás en ello,—dijo con impetuosidad Roberto de Brecé.

—La señorita Filiberta cree que habeis muerto.

—¡Muerto!...

—Sí, á manos de los ingleses que ocupaban el castillo de vuestro padre cuando llegásteis á él. Esta noticia ha sido esparcida por Godefroy de Harcourt y por el señor de Villiers el dia siguiente al de vuestra partida. Yo mismo he contribuido á que la tengan por cierta, cumpliendo con las órdenes que he recibido para acreditarla.

—¡Muerto! ¡muerto! ¡hé aquí un muerto que les vá á dar mucho que hacer!—esclamó Roberto dando vueltas á su puñal.

Despues dirigiéndose á la Culebra:

—Toma, aquí tienes diez escudos de oro, colócalos en tu escarcela.

—Señor, ¿no quereis desatarme las manos?

—Aquí no. Ahora voy á volverte á poner la venda.

El jóven caballero lo verificó así en seguida, uniendo la accion á la palabra.

—Pero, ¿y mi libertad?

—Te la devolverán en los términos que te he prometido.

—Lo creo, señor,—contestó la Culebra con inquietud.

Roberto de Brecé se marchó haciendo señas á sus tres compañeros de seguirle.

La puerta de la cárcel volvió á cerrarse con estrépito.

—Pronto sabreis, mi querido doctor, que yo no comprometo imprudentemente mi palabra. Este hombre quedará libre, bajo las condiciones que le he impuesto, lo que no impedirá al Rey de Francia estar enteramente tranquilo y no temer nada de sus malévolas asechanzas.

Además, vais á saber á quién pienso dar órdenes sobre este asunto.

Entonces Roberto se dirigió hácia los corredores que conducian al convento de San Jorge.

—¿A dónde quereis ir, señor?—preguntó el doctor sin moverse de su sitio.

—A reunirme á mi gente,—dijo Roberto.

—Entonces no es este el camino que debemos seguir.

Roberto de Brecé echó una mirada de desconfianza sobre el [illegible] quien respondió con frialdad:

—Hélo[illegible]

Despu[illegible]s, abrió una puerta baja que te[illegible]

Roberto de [illegible] de Fontenelle vacilaron un instante; [illegible] lo siguieron dirigiéndose mútuamente una [illegible]a que queria decir.

—Observémosle bien.

Ambos comprendieron que su adhesion al Rey era un verdadero fanatismo que podia en casos dados no carecer de peligros. Sin embargo, sus temores fueron vanos, pues desembocaron pronto en una granja muy grande donde los hombres armados de la comitiva de Roberto descansaban to-

rido, le enviase un mensajero. No dejaba de estar inquieta por el resultado de su viaje á París, pues no era difícil prever que el Rey de Francia abrazaria la causa de Cárlos de Blois, marido de Juana la Coja, heredera del ducado de Bretaña por el testamento de Juan III, apellidado el Bueno.

La órden que el conde habia recibido de comparecer ante los doce pares del Reino, era un aviso de lo que Felipe de Valois pensaba hacer en favor de su sobrino.

No obstante, la condesa de Monforte, que debia muy pronto dar las mayores pruebas de valor y de talentos militares, era demasiado hábil para dejar traslucir sus temores. Rodeada de una infinidad de damas y doncellas, que á ejemplo suyo acababan de dejar sus vestidos largos para ejercitarse en el manejo de la espada, mandó cerrar las puertas de su habitacion, y ella misma dirigia á sus discípulas.

Apoyada en su arma, observaba sonriéndose los rápidos progresos que hacian en el arte de la esgrima, y las animaba á perseverar en su aplicacion, á fin, decia, de que quizás alguna vez llegara el caso de que pudieran ayudar á sus padres, á sus hermanos ó á sus maridos

—Vamos, Clara Percy,—decia,—hija mia, que vuestra mano tenga mas firmeza y vuestro puño mas flexibilidad. Y vos, Juliana de Mombray, acompasad mas vuestros golpes y tomad mejor direccion para resistir á las embestidas. En cuanto á vos, mi querida Bianca de Thorigny, seguid la vista de vuestro adversario. No separeis los ojos de su espada, y procurad no descubriros de-

—Y sin condiciones.

—Es pedir demasiado,—respondió Roberto de Brecé,—observando una seña que le hizo el doctor.

—Como os parezca, caballeros; reservaré mis secretos.

—No los guardarás mucho tiempo.

—Bien; vos perdereis mas que yo.

—¿Y qué es lo que perderé?

—¡Dios mio! Nada menos que á la gentil Filiberta de Villiers. Pero quizás no pensais ya en ella,—añadió con aire burlon.

—¡Calla, bandido!—repuso con aspereza Roberto de Brecé.

—No volveré á pronunciar una sola palabra. Tengo demasiado interés en no escitar vuestra cólera, pues al fin si confio en que no moriré ahorcado, no tengo igual confianza en que no moriré de los demás géneros de muerte,—respondió la Culebra guiñando el ojo.

—Salvo la que le destinaste á Thierry el Oso, asesinándolo en el camino real,—dijo Roberto de Brecé.

La Culebra perdió toda su seguridad al oir hablar de un hecho que habia pasado durante la noche, sin testigos.

Despues prosiguió con su acostumbrado descaro.

—A fé mia, señor, no comprendo absolutamente nada de lo que me estais diciendo. ¿Será posible que Thierry el Oso haya sido asesinado?

—Lo he encontrado maniatado sobre un árbol y con un puñal clavado en el corazon... lo que me

© Biblioteca Nacional de España